

tratado de la *Contemplacion mezclada con oracion*, que reconoce por fundamento el Salmo *Judica me, Deus*, y traducido, glosado y declarado la *Prefacion* de San Juan Crisóstomo sobre la sentencia de que «nadie se condena, sinon por sy mesmo et por su culpa»; obras ambas recibidas con grande aplauso de los eruditos ¹.

Debíalo alcanzar tambien maestro Pedro Martin, cuando en 1425 presentaba al magnate castellano, que designa con el título de *el Conde*, sus *Sermones en romance* ². Eran estos cuatro discursos ó disertaciones sobre los *Vicios y virtudes*, sobre el *Padre nuestro*, los *Mandamientos de la ley de Dios*, las *Obras de Misericordia* y otros puntos de la doctrina cristiana; los cuales nunca hubieron de predicarse, segun parecen persuadirlo sus formas literarias. Docto el autor, cual lo indica el título de dignidad universitaria que precede á su nombre, pide al propio tiempo sus armas á los sagrados escritores, á los filósofos griegos y latinos, á los Padres de la Iglesia, y á los ingenios modernos. Muéstranos su libro en singular consorcio á David y Aristóteles, á Séneca y Boecio, á San Isidoro y Petrarca, no olvidados San Pablo y San Bernardo, San Juan Crisóstomo y San Agustin, á quien tributa honda veneracion y respeto. Pero si, cediendo al general impulso de los estudios, peca á menudo contra la prescripcion de Cartagena, rara vez se eleva á la region de la elocuencia, empeñado en disquisiciones escolásticas, que encaminadas única y exclusivamente á la ilustracion, más ó ménos luminosa, de la materia ó tema propuesto, dan por resultado definiciones ó silogismos, no siempre

»la suprascriçion de la carta: *Al nuestro devoto*, etc.; é de aqui pienso que »ha comenzado esta manera de hablar en Castilla» (Cap. XXIV).

¹ Cód. a. IV, 7 de la Bibl. Esecr., fols. 1 y 34.—Véase el cap. VI del presente volumen.

² Guárdanse estos Sermones en la Bibl. Nac., cód. Bb. 70, con este título: *El libro que dió Maestro Pedro Martin al conde, de los Sermones en romance*. Consta la fecha citada en la introduccion; pero no podemos determinar qué *Conde* sea el Mecenas de Maestro Pedro, por ser ya muchos los magnates que llevaban este título en Castilla.

aceptables. Justo es sin embargo observar que alguna vez domina en maestro Pedro Martin el sentimiento, y que apasionado del asunto, llega á infundir cierto interés á sus palabras.—Veamos, en prueba de ello, cómo trata de poner de relieve los efectos de la *misericordia*:

«Si consideramos (dice) el efecto del misericordioso assí infecto de »dolor et de tristeza que pienssa seer suyo, asy como del amigo, el mal »que padece, bien se puede decir Dios misericordioso et denominarse, »segund se denomina en esta manera en la Sacra Escripura, segund el »tal efecto de misericordia que faze al misericordioso trabajarse á lançar »la miseria et mal quel otro padesçe, assi como si suya fuese, como »promesa que es suya, por ser quassi aquel mesmo que la padesçe. Que »si este respecto non lo moviesse, por ventura non curára de quitar et »remediar el mal et defecto que la otra parte ha traydo á miseria, donde »se le seguia dolor et tristeza. Et por quanto quitar dolor et tristeza es »dar bien et perfection donde nasce bienaventurança contraria derecha- »mente á la miseria, á Dios pertenesçe por ende la misericordia; et se- »gund ella, nómbrese en la Sacra Scriptura misericordioso, pues bien »paresçe que al que se nombra misericordioso, dos cosas convienen: la »una entristeçerse et aver dolor de la miseria que otro padesçe; la otra, »alcançar la tal miseria de la persona que la padesçe» ¹.

Más digno de alabanza y de estudio, no tanto por su erudicion como por sus dotes oratorias, fué sin duda fray Lope Ferrandez, canónigo reglar de San Agustin, autor del notabilísimo libro que lleva por título: *Espejo del alma* ². Era en verdad el pensamiento de esta obra altamente filosófico: fray Lope, considerando interiormente la humana naturaleza, presenta como en vistoso y vário panorama cuanto liga al hombre con el frágil barro de la tierra, convidándole á gozar con desmedido

¹ Sermon III.

² Custódiese en la Bibl. Esecr. con la marca j. h. 14, y el epígrafe siguiente: «Aquí comienza un libro, que es llamado *Espejo del alma*: el »qual compuso frey Lope Ferrandes, de la órden de San Agustin». Es un tomo en 4.º mayor, escrito en papel, de letra de la primera mitad del siglo XV: la primera foja, que es de vitela, se halla exornada de una bella orla, con su letra caudal, en cuyo centro brilla un escudo de armas que parece ser de la casa de las Castillas.

amor los vanos deleites y falaces placeres del mundo, hasta producir en su alma hondo hastio é irreparable cansancio. Nace de este cansancio su salvacion futura: penetrado de la vanidad de las honras y riquezas mundanales; convencido de la inestabilidad y miseria de la vida, levanta al cabo los ojos á contemplar en las cosas sagradas el luminoso faro que en balde habia buscado en las zozobras y ambiciones del mundo, llegando á poseer la paz del corazon; el más precioso de los dones que es dado al hombre alcanzar en la tierra.

El libro se dividia, conforme á la idea que le daba vida, en dos partes diferentes, mostrando en ambas (si bien con mayor eficacia en la segunda) cuán fructuoso era el estudio hecho por fray Lope sobre el hombre y la sociedad, no desechada sin duda su experiencia en el confesonario. El *Espejo del alma*, compuesto en su totalidad de sesenta y tres capítulos, terminaba en efecto poniendo de relieve los inagotables beneficios y virtudes de la *penitencia*, crisol misterioso en que la religion cristiana nos purifica de toda mácula é impureza ¹; mas para completar la idea primitiva del *Espejo*, escribia fray Lope otro tratado con título de *Libro de las Tribulaciones*, donde se proponia demostrar que era la tribulacion el más eficaz remedio y antídoto de los extravíos y dolores del alma en la peregrinacion de la tierra, excediendo á la misma purgacion de los pecados, que abre las puertas del Paraíso ².

No era fray Lope Ferrandez un talento vulgar; y una vez concebida la idea y el plan de estos tratados, halló abundantes medios para desarrollarlos. Á la profundidad de miras; al método con que expone y desenvuelve la materia, unió fuerza dialéctica irresistible; y formando un estilo llano, pero nervioso, vibrado y lleno de imágenes enérgicas y atrevidas, comunicó á su lenguaje no poca severidad, dando notabilísimo ejemplo de

¹ Esta parte del libro empieza al fól. 122 del citado códice.

² El *Libro de las Tribulaciones* ocupa desde el fól. 126 en adelante, constando de nueve capítulos. No tiene nombre de autor; mas por ser complemento de la anterior doctrina, y por ofrecer el mismo estilo y lenguaje, no hemos vacilado en adjudicarlo á fray Lope Ferrandez.

aquella elocuencia viril y poderosa, que debia resplandecer durante el siglo XVI en los Leones y Granadas. Los pasajes, donde hallamos entera comprobacion de este juicio, son numerosos en el *Espejo del alma*: muestra no insignificante de ellos hallarán los lectores en el siguiente, dirigido á probar que hay en las honras y vanidades del mundo más dolor y tristeza que placer y contentamiento:

«Non es dubda (exclamaba fray Lope) que todos los que en pos de estas cosas andan et trabajan, que ó las cobran, ó non. Si las cobran, »çiertos son que les han de turar poco, quier fallescan ellos á ellas, »quier ellas á ellos, quier sean privados dellas. Et en qualquier manera »destas, es á ellos mayor el dolor et la tristesa que sienten en la pér- »dida, que non fué el plaser que ovieron, quando las dichas cosas ovie- »ron más á su uoluntad. Lo primero, porque el plaser es ya pasado, et »el dolor es presente, et en esperança de mucho turar; et los plaseres »passados son ya fuera de los sentidos, saluo de la memoria, en la qual »quedan, porque la remembranza sea mayor acrecentamiento de dolor et »de tristesa. Lo segundo porque el plaser fué poco, segun el tiempo, et »el dolor grande por la mayor dureza; et el dolor es presente, et non sa- »bemos cuánto durará. Lo tercero porque los sentimientos de los dolores »et de las tristesas son mayores que los de los plaseres; et que esto es »verdat, sábelo qualquier que estas cosas logró et las perdió» ¹.

Ni les displacerá tampoco aquel otro pasaje, en que, tratando de los antídotos y remedios contra las cosas que atraen y ligan al hombre á la tierra, dice al pintar los males y penas que le sobrevienen, para precaverlo de la tristeza:

«La tristesa... suele algunas veses venir de algunas tribulaciones »que ayna han de venir á la persona, et algunas veces las barrunta el »corazon ante que vengán, como si le diese la sombra dellas. El reme- »dio para la tristesa que á onbre viene et non sabe dónde, es lo primero »faser qualquier cosa en que honestamente pueda tomar plaser, sin pe- »ccado, et aunque algun poco sea liviandat, ansi como cantar ó tañer, ó »burlar en bien gasajado, et despues desto ocuparse en aquellas cosas »en las quales se solia deleytar, como leer et resar ó contemplar, ó faser »alguna obra de manos. Esto al onbre espiritual: al del mundo convié- »nele usar, segund aquellas cosas que cumplen á su estado, en las

¹ I.ª Parte, cap. IV.

»quales sin peccado puede alegrarse, asy como oyr estormentos, caçar, »leer libros de estorias de cavalleros, jugar axedrez, ú otro juego honesto »de manos, solamente que non aya dados. Todo esto deue faser sola- »mente por desenojarse, et luego tórnese á ocupar en ver su fasienda, et »en aquellas cosas que á su estado son nescessarias»¹.

No esquivó fray Lope, á pesar de la severidad de su estilo, el uso de alegorías, apólogos y símiles, que hacen varia y no difícil la lectura de sus tratados: notables es en el *Libro de las Tribulaciones* el apólogo del *Hombre justo*, á quien Dios consiente elegir entre dos dias del purgatorio y dos años de tribulacion, y más todavía la bella comparacion en que pinta el recogimiento del alma atribulada:

«Leemos en el Génesi (dice) que la paloma salida del arca de Noé »andado volando por diversas partes: et como non fallase lugar onde »poner los piés et reposar, tornóse al arca, d' onde avia salido, trayendo »un ramo de oliva verde en su pico. Bien así contesçe al ánima que salida »por contemplacion de los términos de su consciencia, buscando en las »cosas criadas de aqueste mundo si fallára algund reposo ó consolacion, »quando non falla lo que busca, antes falla amargura et tribulaciones, »porque es amouida, et aflegida et atribulada, tórnese al arca, conviene »saber, á su consciencia, veyendo que non falla cosa en que su amor »seguramente podiesse poner é fincar»².

Celebrado en la corte de don Juan II, cual predicador excelente, el dominicano fray Alonso de San Cristóbal, y tenido por muy consumado teólogo, terminaba, muerto ya aquel rey, y dedicaba á su hijo don Enrique curioso y singular tratado, en que pagándose de entendido latinista, hacia alarde de sus no vulgares conocimientos en letras sagradas. Llevaba aquel libro el peregrino título de *Vegecio Spiritual*; y dividido en cuatro partes, consistia todo su artificio en presentar primero, y capítulo á capítulo, la version del famoso tratado *De Re Militari*, añadiendo despues á cada uno erudita *glosa*, relativa al asunto, y cerrando el cuadro con una *moralidad*, «acomodada al sentido é

¹ II.^a Parte, cap. XXI.

² Cap. III.

guerra spiritual», sostenida en la difícil peregrinacion de la tierra¹. La idea no era del todo original, conocidos ya los *Trabajos de Hércules* de don Enrique de Aragon, obra en que se habia ensayado bajo el aspecto de la moral, análogo procedimiento; pero el libro de fray Alfonso de San Cristóbal no por eso dejaba de ser útil en el doble concepto de la caballería y de la religion, dando al par testimonio muy significativo del general enlace de los estudios. El fin á que el diligente dominicano aspiraba, era sin embargo esencialmente religioso: la formas literarias, ménos directas que en las demás producciones ascéticas de sus coetáneos, se acercaban grandemente á las de los tratados didácticos; su estilo era más templado y razonador; su lenguaje más humilde y sencillo, como reconocerán sin duda los lectores por el siguiente pasaje, en que «habla de cómo se deue aperçibir é guardar la hueste»:

«*Moralidad*. Espiritualmente hablando, en quanto estamos en peccado, estamos en mal campo, é conviene que lo dexemos et nos mudemos á buen campo, apartándonos de los omes pecadores, que son ocasion para mal bevir. Et por esso dixo Geremías en el capítulo II: *Fuid*

¹ Existe este raro MS. en la Bibl. Eскур., signado & ij. 18. Consta de cuatro partes ó libros, y no de tres, como asegura el docto Bayer en sus *Notas á la Bibl. Vetus* (lib. X, cap. V). El epígrafe dice: «Aquí comienza el *Libro de Vegecio* de la cauallería, en el qual libro se contiene cómo se han de fazer las guerras é batallas de todas las huestes, é de otras cosas mucho provechosas, tocantes á los grandes reyes é príncipes, é á todos los otros estados, glosado por fray Alonso de San Christóbal, é acomodado al sentido é guerra spiritual por el mismo». Conviene advertir que á este MS. faltan muchas glosas, si ya no es que fray Alonso omitió las de algunos capítulos, principalmente en los libros II, III y IV.—La obra de Vegecio, segun hemos notado en otro lugar (cap. VII del presente volumen), logró estimacion singular entre los eruditos y aún entre los poetas del siglo XV. Juan Alfonso de Baena se jactaba de que le era muy familiar, diciendo:

Yo ley en el Vegecio,
que compuso las batallas,
el que supo así pintallas,
et las puso en grande presçlo.

(*Cancionero* de Gallardo, fól. 33 v.)

»de Babilonia, et salvad vuestras almas. Babilonia quiere dezir confusión, et significa los pecadores, de los quales debemos fuir et apartarnos. Et esso es escripto en el libro de los fijos de Isrrael en el capítulo II, do dize que mandó Moysen á los fijos de Isrrael que apartassen sus tiendas de Coré et de Datán et de Aviron, disiendo asy: *Arredradvos de las tiendas et de la compañía de los malos omes, et non tangades cosa alguna que á ellos pertenesca, porque non vos olvidedes en los sus pecados*. Et para esto faser avemos de quitar los embargos, que son los pecados, et venir á la penitencia, é osada é fuertemente perseverar en ella» 1.

Lástima es por cierto que conservadas estas obras con los nombres de sus autores, no podamos consignar en la historia de nuestras letras los de otros muchos cultivadores de la elocuencia sagrada en la época de que tratamos, dignos acaso de mayor elogio. Existen entre otras varias producciones anónimas, que no pueden pasarse en silencio, el *Libro de los Siete Dones del Espíritu Santo*, el de los *Enseñamientos del Coraçon*, el del *Estímulo de amor Divino* y el *De Viçios é Virtudes* 2, en todos los cuales descubrimos no despreciables dotes oratorias, abundando en algunos notabilísimos pasajes, donde resplandecen las de una verdadera elocuencia.

Fuérzanos el anhelo de no aparecer difusos á fijarnos sólo y

1 Libro I, cap. XXI.

2 El *Enseñamiento del coraçon* se custodia, como ya dijimos, en la Biblioteca Nacional, Bb. 96. Divídese en treinta y tres capítulos, y es muy de notar que recomendando su autor eficazmente la sencillez del lenguaje, emplee constantemente la alegoría, lo cual prueba cuán grande era á la sazón el imperio de esta forma. Al principio del libro se lee: «Pedro de Valdivieso lo començó é acabará, si Dios quisiere». ¿Era este el autor ó el copista?... Acaso pudiera sospecharse lo primero, cuando terminado el libro, leemos, despues del conocido verso: *Finito libro, etc. Petrus Al. vocatur, etc.* Siendo el copista un Pedro Alvarez ó Alfonso, puede en efecto ser tenido por autor el que empieza y pide el favor del cielo para acabar el libro.—El *De Viçios é Virtudes* existe en la Bib. del Esc. iij h. 12, con este título: «Aquí comiença el libro ques llamado *De viçios* que son pecados é las *Virtudes* contrarias á ellos». Está sin foliar, escrito á dos columnas, en letra y papel del siglo XV, y consta de dos partes, conforme indica ya el título. Este, como el libro anterior, encierra abundante y sana doctrina moral, deducida de los PP. y de las *Santas Escrituras*.

por breves momentos en *Los Siete Dones* y en el *Estímulo del Amor Divino*. Objeto principal del primer tratado es aquella parte de la doctrina cristiana, de que recibe su título, pero no único: el autor expone y trata otras muchas cuestiones religiosas y morales con no poca erudicion, bien que penetrando á menudo en el terreno de la filosofía escolástica, y cierra su libro con la descripción y juicio de las virtudes teologales, fuentes de toda felicidad terrena y camino de eternal bienandanza. Oigamos este pasaje, para conocer su estilo:

«Son llamadas divinas (dice), porque hordenan el coraçon del ome en Dios. *Fée*, segund dice Sant Agostin, nos mete de yuso de Dios, et fáçenos que lo conozcamos por Señor, del qual nos tenemos quanto avemos de bien. *Esperança* nos lleva á Dios, et nos fáçe fuertes et ardientes en faser et començar obras por el su amor, las quales son sobre virtud de hombres poderse facer. *Caridat* otrosí nos ayunta con Dios, ca *Caridat* non es otra cosa sinon un mucho amado ayuntamiento, ó mucho amada unidad, porque del alma et de Dios se fáçe todo uno... Aquestas tres virtudes son departidas por tres grados de amor, ca por tres cosas ama hombre á otro hombre; conviene á saber: ó porque há del grand bien, ó quando espera aver del grant bien, ó quando l'fáçe. Aquestas tres enmiendas de amor son en aquestas tres virtudes: ca *Amor de fée* reconosçe á Dios et pugna por le servir: *amor de esperanza* siente á quien vé et desea: *amor de Caridat* toma et tiene resio, et come de aquello que ama» 1.

El autor de los *Dones del Espíritu Santo*, sazónaba, así como fray Lope Ferrandez, sus místicas peroraciones con oportunas anécdotas y apólogos. Hablando de la avaricia y de su castigo, decía:

«Un hombre dió al su clérigo una vaca que avia, é non avia más de aquella vaca; porque avia oydo decir que cobraría cient tanto. Et este clérigo avia muchas vacas, et non le fáça mester aquella. Et auino assi un dia que la vaca del buen onbre se tornó á casa, et traxo consigo cient vacas del clérigo. Et fuéronle juzgadas del obispo que todas fuessen suyas» 2.

1 Cód. de la Bibl. Ecur. ii. h. 14, fols. 13 y siguientes hasta el 66.

2 Id., fól. XXXI.

Más importante es sin duda el libro de *El Estímulo del Amor Divino*, tanto por su extensión, como por sus formas literarias. Propónese el autor despertar, en medio de la disipación que en todas las clases de la sociedad cundía, el sentimiento religioso, llamando á los hombres á contemplar la Pasión del Salvador, que se había ofrecido en holocausto de la humanidad, señalando sus deberes para con Dios y sus semejantes, y determinando por último «qué cosas traen al ome á folgança et sosiego espiritual», identificándole en cierto modo con el mismo Dios¹. Al tratar en tres diferentes partes todos estos puntos «et otras muchas cosas, que son muy provechosas et nescesarias á qualquier criatura que se quiera levantar á la alteza de la vida contemplativa», no solamente ensalzaba las virtudes, sino que vituperaba y combatía con singular empeño los vicios, en que se precipitaban sus coetáneos, no perdonando gerarquía alguna. Sus exortaciones y su reprensión aparecían tanto más vehementes, cuanto que empleaba de continuo las formas directas de la oratoria, sembrando todo el libro de vigorosas apóstrofes. Al comenzar, exclamaba:

«Corred, gentes, et levantemos nuestros coraçones, et maravillémonos del grande amor de Dios çerca de nos, et de la grant malicia et ceguedat nuestra çerca de Dios».

Pintada la Pasión de Jesus con viva energía y fuerza grande de colorido, se dirige á la Virgen, que supone al pié de la Cruz, diciéndole:

«Señora, el tu coraçon es atravesado con lança, coronado de espinas, escarnecido et denostado, et lleno de vituperio, et con fiel et vinagre abrevado. ¡Oh Señora, Virgen et muy triste madre! ¡Por qué quisistes morir por nos? Por aventura non bastava la muerte del fijo, sin que fuese crucificada la madre?.. ¡Oh! coraçon dulce é amoroso!..; cómo eres tornado amargo et doloroso!.. Acato et considero, Señora, el tu coraçon, et ya non veo corazon, si non miro la madre del mi Dios, et non

¹ Bibl. Ecur., cód. IV, b. 8.—Dice el epígrafe: «Este libro, el qual razonablemente ó convenientemente puede ser llamado *Estímulo de Amor* del muy dulce et poderoso Jhesus en tres partes es departido, etc., etc.

«fallo sinon llagas, dolores et tormentos, ca toda eres trasformada en ellos. ¡O mujer llena de amargura, que por el vaso de limpieza et de santidad feçiste vaso de dolor et de pena!.. ¡Oh Señora! ¡Por qué non estás, como solias, sola et apartada en tu cela?.. ¡Por qué saliste oy al monte Caluario, pues nunca fué tu usanza de ver tales cosas?.. ¡Por que, Señora, la tu grand vergüença non estoruó esta salida á ver tan triste vista?.. ¡Por qué non te embargó de venir ver la muerte del inocente fijo el aborresçimiento del grand peccado como faser en lo matar? ¡Por qué non te estorvó esta salida la fealdad de logar donde matan los malfechores? ¡Por qué non oviste temor de la muchedumbre de los onbres armados, nin curaste de las muchas et terribles voçes que desian: ¡Muera!.. muera!.. crucificaldo!.. crucificaldo!.. Mas, Señora, non acatastes algunas destas cosas, porque el tu corazon lleno de dolor, et non estaua en tí, sinon en las aflicciones et dolores del tu fijo, et en la muerte del tu amado»¹.

Tal es el tono general de este peregrino libro, ora prosiga el autor contemplando los dolores de Maria, ora se vuelva á Dios para implorar misericordia, ora reprenda los vicios de sus coetáneos, fijándose muy principalmente en los que, finjiéndose virtuosos, abusaban de la credulidad de las gentes sencillas. Levantando á Dios sus miradas, exclamaba:

«Resçíbeme, Señor, aunque yo sea fijo desgastador, á comer contigo el beçerro grueso en la cruz. ¡O verdadero maestro, enséñame los thesoros de la verdadera sapiencia de la tu muerte! Otra vez, Señor, et otra vez ten por bien de abrir el tu lado á mí, tu siervo muy malo, et los ojos míos et la mi ánima, que son robados, fallen en el tu lado el robo. ¡O buen Jesus!.. cata que el mi coraçon es endureçido como piedra, si non fuere amollentado con tu sangre bendita; et mucho es alongado el mi coraçon, si non fuere acogido en el tu lado. O buen pastor, cata que yo soy aquella oveja que peresció et erró, por la qual posiste en la cruz la tu ánima: yo soy; conóscela Señor; métela en la cruz et en las entrañas de las tus llagas. Guárdame tú, Señor, diligentemente en tu pasión, ca sin tu muerte, yo muero; et sin tus llagas, yo soy llagado; et sin tus escarnios, yo soy escarnido; et sin tus açotes, yo soy açotado»².

¹ I.ª Parte, cap. III.

² I.ª Parte, cap. XVI.

Reprendiendo la falsa virtud y la hipocresía, prorumpia finalmente en estas palabras:

«Nunca puede venir á fartura aquel mercador que en el quaderno de sus mercadorías nombrase los lugares, los tiempos, la manera de mercar, et esto contase á los otros, et en sí mesmo pensase esto á menudo, empero nunca fasciendo alguna buena mercadería provechosa. Et así fase el que todo el día multiplica muchas escrituras del reyno de los cielos, et en ellas estudia, et lee, et las predica, et denuncia á los otros, empero nunca acomete á faser alguna buena obra. O mercadores muy locos, ¿qué uos aprovecha estudiar, et predicar, et non lo complir por la obra? Así como la esposa noble et delicada que touiese noble esposo, et muy fermoso, et muy sabidor é muy bueno, et se inclinase ante á complaser á un leproso muy fediondo..., bien así et mucho más el desseo de la voluntad del varon perfecto, non solamente nunca deve apartar del amor de Dios, etc.» 1.

Fiel, como en el primer día de su aparición, al principio que le dió vida, mostrábase la elocuencia sagrada digna de su alto ministerio; y aunque inspirándose principalmente en el *Viejo y Nuevo Testamento* y en las producciones de los Padres, no desdeñaba las nuevas conquistas de las letras, reflejando de la misma suerte que las obras de filosofía moral, antes examinadas, el extraordinario movimiento intelectual que en Castilla se operaba.

Mas no fué solo ya este linaje de elocuencia: nacido en el suelo de Italia desde la época de Pedro de las Viñas, y abrigado por Dante, Petrarca y sus discipulos aquel generoso anhelo de emular los oradores de la antigüedad, que los llevaba al extremo de juzgarse prestantísimos cultivadores de la lengua latina 2, cundia tambien entre los eruditos de Castilla, moviéndolos á ensayar sus fuerzas en la oratoria profana, hasta el punto de ganar reputacion de esmerados retóricos. Gozaron esta honra en primer término los ya tantas veces citados don Enrique de Aragon, don Íñigo Lopez de

1 II.ª Parte, cap. XV.

2 Tiraboschi, *Istoria della Letteratura italiana*, t. VI, Parte I.ª; Guignené, *Histoire de la litterature italiene*, t. III, caps. XVIII y siguientes.

Mendoza y el obispo de Búrgos, don Alonso de Cartagena 1. Acreditóla el primero con su *Consolatoria á Johan Ferrandez de Valera*, oracion retórica encaminada á mitigar el dolor que habia producido en aquel hidalgo la muerte de su hija, padres y parientes, acaecida en la pestilencia de 1422 2; sostúvola el segundo no solamente con su *Lamentación fecha en prophecía de la segunda destruycion de España*, sino tambien con los razonamientos dirigidos á los reyes, en nombre y representacion de la grandeza castellana 3; y acrecentóla el tercero en la más solemne ocasion de su vida, ora defendiendo el derecho de los reyes castellanos á la conquista de las Canarias, ora la preferencia que tenian en el Concilio sobre los reyes de Inglaterra 4.

Revelábase en todos estos ensayos, así el carácter especial de las obras debidas á tan esclarecidos varones, como el general que iban tomando las letras castellanas. Pagado de latinista, erudito como ninguno en la literatura italiana y empeñado en imprimir al patrio romance elevacion inusitada, sembraba don Enrique de Villena su larga peroracion de citas y autoridades, en que guardaban singular consorcio los poetas del siglo XIV,

1 Véanse desde el cap. VII de este volumen en adelante.

2 En la carta que precede á esta oracion, escrita á trese de Diciembre del citado año, se expresa que lo fué «por causa de la pestilencia que en la cibdad de Cuenca siguió el año de mill é quatrocientos et veynte et dos años». Terminada, dice: «Comiença el tratado de la Consolacion, el qual fizó don Enrique de Villena, para un cavallero de su casa que se llamaua Johan Ferrandez de Valera» (fól. II del cód., F. 101 de la Biblioteca Nacional).

3 Merece citarse con preferencia la oracion que en 1454 dirigió á don Enrique IV, con motivo de la guerra de Andalucía (Cap. VIII de la *Crónica de Castillo*).

4 La *Proposicion sobre Portugal* se guarda, con los signos H. 49, página 409, en la Biblioteca Nacional. De la *Oracion sobre la preferencia de Inglaterra* hemos examinado los códices, que en la misma Biblioteca llevan las marcas Bb. 64, CC 119, E. 169, M. 100 y X 250; y en la Escorialense el señalado II, h. 22, al fól. 137. Nos valemos especialmente del E. 169, por su mayor antigüedad y el esmero con que se halla escrito: es un volumen en 4.º de 88 fojas.